

LA COSA CARAQUEÑA POR EXCELENCIA: ESTUDIO ANTROPOLÓGICO DE LA MONTAÑA EL ÁVILA COMO SÍMBOLO DE LA CIUDAD

Manuel D'Hers Del Pozo

Escuela de Antropología, Facultad de Ciencias Económicas y Sociales, UCV.
manuchente@gmail.com

RESUMEN

Los individuos que habitan la ciudad de Caracas parecen encontrarse curiosamente ensimismados por un elemento de la naturaleza que inevitablemente define su paisaje urbano. El Ávila, también llamado Waraira Repano, es la montaña ubicada al norte de la capital venezolana que resulta ser objeto de admiración. Así pues, entre los urbanistas y la silueta verde que se divisa en el horizonte, hay una estrecha relación que los individuos han construido. De modo tal que la intención de este trabajo es llevar a cabo una investigación de carácter exploratorio a través de un estudio de los imaginarios que elaboran 12 informantes clave habitantes de Caracas, como dispositivos que contribuyen a la conformación de nuestra identidad territorial, legitimando a la montaña como símbolo representativo de la misma. Para ello nos enfocamos en transitar por la senda de lo cualitativo, partiendo del método etnográfico, buscando concentrarnos en la recolección de información, según nuestra principal herramienta: la entrevista, logrando así obtener las respectivas narraciones subjetivas, como también las imágenes que surgen de la cotidianidad, referentes a la montaña el Ávila. Finalmente, nuestros resultados giran en torno a la idea de que el Ávila constituye de manera clara un símbolo indispensable en la construcción social y cultural del gentilicio caraqueño, hasta el punto en que Caracas no puede ser pensada sin el Ávila, como tampoco el Ávila puede ser pensada sin Caracas.

Palabras clave: imaginarios, identidad territorial, símbolo, antropología de la ciudad.

INTRODUCCIÓN

Se podría aseverar que son pocas ciudades en el mundo que encuentran en su horizonte un contraste entre el espacio natural y el espacio urbano tan armonioso como el que presenta la ciudad de Caracas. Se nos viene a la mente grandes ciudades como la de Londres, cuyo imaginario no podría concebirse sin su río Támesis, o la reconocida París, que también cuenta con un río llamado el Sena. Estos ríos representan espacios emblemáticos para las poblaciones que habitan dichas ciudades, ya sea porque implicaron ser espacios de encuentro, ya sea también de representación de sus urbes (plasmados en célebres lienzos de distintos artistas). No obstante, a pesar de que estos elementos de la naturaleza tengan una particular presencia en las identidades territoriales, los grandes protagonistas que se muestran como íconos de Londres y París no son otros que “macroartefactos”, es decir, grandes monumentos construidos por las manos de los seres humanos (*cf.* Navarrete, 2010), siendo estos los que verdaderamente resaltan como símbolos representativos de sus territorios urbanos. Este es un contexto que se repite en la gran mayoría de las grandes ciudades, con muy pocas excepciones, donde encontramos ciudades como Ciudad del Cabo en Sudáfrica, donde la ciudad se encuentra asentada a las faldas de la montaña de la Mesa, imagen emblemática, que por demás figura en la bandera de la ciudad; Río de Janeiro en Brasil, la cual presenta una atractiva combinación entre los elementos de la naturaleza como son los relieves denominados morros, los cuales tienen distintos nombres, siendo los más conocidos Pan de Azúcar y el Parque Nacional Tijuca; y finalmente, nuestra capital: Caracas acompañada de su montaña el Ávila.

Consideramos que la ciudad de Caracas goza de un escenario privilegiado desde el punto de vista geográfico, no solamente por su clima o su centralidad, sino también por ser un valle, el cual permite al espacio urbano mantener un paisaje lleno de verdor y más allá de las diversas utilidades que el ciudadano le encuentra a sus cerros, existe un valor emocional y afectivo para sus ciudadanos, que se expresa en sus múltiples narraciones y discursos. Es por ello que bajo esta premisa decidimos llevar a cabo una investigación exploratoria de corte cualitativo, que nos permite puntualizar y analizar la importancia antropológica de la montaña, como una construcción simbólica para la ciudad de Caracas, a partir de un estudio de los imaginarios, el cual parte concretamente del contacto directo con nuestros 12 informantes clave, quienes nos proporcionaron los datos necesarios a partir de nuestra principal herramienta, la entrevista. Así mismo, es necesario aclarar que este artículo es solo una parte de una investigación más amplia, el cual resultó ser un trabajo final de grado para optar al título de antropólogo. En consecuencia, las siguientes líneas se enmarcan en un estudio de *antropología de la ciudad*, propuesta elaborada por el antropólogo sueco Ulf Hannerz (1986), el cual busca dar un giro en la perspectiva sobre cómo entender los fenómenos sociales dentro de la ciudad, más específicamente, analizando a la ciudad no como un mero escenario de la complejidad social, sino más bien como su objeto de estudio y coautor de dicha complejidad. De modo que comprendamos a Caracas y sus elementos como un agente productor de sentido, de mensajes, de imágenes y representaciones sobre el cual nos concentraremos y basaremos nuestra investigación.

Entonces, en primer lugar, conseguiremos un punto inicial donde buscamos entender teóricamente qué es la ciudad y qué significa hablar de imaginarios urbanos, seguido de una aclaración metodológica sobre cómo operamos en la recolección y análisis de nuestros datos. Posteriormente, emprendemos una interpretación de los datos que diseccionamos en tres resumidos bloques: *La montaña imaginada*, *La montaña sagrada* y finalmente *La montaña como símbolo*, que busca ir excavando de lo superficial a lo profundo de nuestros imaginarios con la finalidad de puntualizar para así visibilizar, que si bien es necesario e importante conocer datos sobre cuántas aves anidan en los árboles del Ávila o indagar en diversidad botánica que existe en su extensión, es también preponderante y prioritario que la ciudad y

sus moradores asimilen el valor social, cultural y simbólico que la montaña esconde, que siempre manifestamos probablemente de manera inconsciente, pero que resulta ser un símbolo indiscutible de nuestra identidad urbana. Dicho esto, es momento de invitarlos, a ustedes lectores, a adentrarse en nuestro trabajo.

1. LA CIUDAD Y LOS IMAGINARIOS URBANOS

Durante mucho tiempo las ciudades fueron pensadas, analizadas y planificadas desde una lógica pragmática, al asumir que estas son meramente lo material, en el sentido de su infraestructura y los elementos que la rodean. Inclusive, hemos podido encontrarnos con grandes estudiosos que en sus intentos por definir las y delimitarlas, han propuesto puntos de referencias cuantitativos como, por ejemplo, Marcel Roncayolo (1988), que en su trabajo titulado *La ciudad* presenta que para que un asentamiento humano sea considerado como ciudad debía tener unos 2.500 habitantes. Sin embargo, una concentración humana puede llegar a trascender esta cifra y mantener su estructura social, así como sus modos de vida del campo, reflexión que nos obliga a concluir que resulta casi imposible ser definida bajo términos objetivos, ni ser caracterizada bajo el pragmatismo cuantitativo de las cifras. La ciudad es algo complejo en tanto que es entendida como la suma de innumerables condiciones y mosaico de elementos que coexisten y que no deben ser tomados en cuenta aisladamente. Es por esto que cuando se reconocen a las personas que habitan en la ciudad de piedra, se hace consciente también la ciudad de las relaciones: la dinámica y sus usos, así como también la ciudad simbólica: la cultura (*cfr.* Hernández, 2012).

Nuestra idea de ciudad es principalmente aquella que desarrolla el semiólogo Armando Silva (2006), en su libro *Imaginarios urbanos*, donde buscamos comprender a la ciudad como un escenario comunicativo, donde sus habitantes interiorizan sus espacios y los reconocen como lugar vital para la intercomunicación social. La ciudad es una realidad presente en todo el mundo, que dentro de los incontables conflictos que presenta es por inercia un incansable productor de signos, símbolos, imágenes, imaginarios, referencias, significados, discursos, paisajes, representaciones, mitos, en consecuencia, productor de múltiples identidades. Esto se debe a que lo físico tiene efectos en lo simbólico (Silva, 2006), es decir, la ciudad de piedra, el aspecto físico de sus infraestructuras, la publicidad, sus expresiones de arte urbano y también el escenario natural que la rodea puede llegar a tener grandes impactos en las diversas formas en cómo sus habitantes la reconstruyen en sus mentes.

Una ciudad, entonces, desde el punto de vista de la construcción imaginaria de lo que representa, debe responder al menos, por unas condiciones físicas naturales y físicas construidas; por unos usos sociales: por unas modalidades de expresión: por un tipo especial de ciudadanos en relación con las de otros contextos, nacionales, continentales o internacionales; *una ciudad hace una mentalidad urbana que le es propia* (Silva, cursivas nuestras, 2006, p. 14).

La construcción identitaria de la ciudad depende en gran medida de cómo se viva subjetivamente, cómo es interiorizada, de cuáles sean sus relaciones de uso, cómo sean sus imaginarios procesados y cómo quiera ser proyectada.

En este sentido, ya sea como consecuencia de un proceso consciente o inconsciente, a través de sus imaginarios, desde las elaboraciones de representaciones o desde la construcción de símbolos, nos permitiremos dar con un elemento que nos permita aproximarnos al corazón de lo que el ciudadano y su ciudad quiere proyectar y quiere asumir como propio, rescatando así aspectos positivos de su constitución espacial y sensible.

Pero para llegar a lo que Silva menciona como la construcción de la mentalidad urbana que le es propia a la ciudad de Caracas, debemos hacer un estudio de los imaginarios, categoría que deberíamos definir a continuación.

Gastón Bachelard (2012), seguido de Gilbert Durand (1982), fueron algunos de los investigadores que demostraron que detrás del imaginario existe una teoría capaz de desenmascarar una organización extensa y sistemática de imágenes que obedecen a una lógica de la realidad social y cultural. Los imaginarios contribuyen a consolidar la idea o imagen que colectivamente se ha construido del mundo real y que tiene fines prácticos: hacerla plausible culturalmente. Para hacer la categoría operativa en función de nuestros objetivos, debemos citar a Jean Jacques Wunenburger, quien nos dice que los imaginarios son:

... un conjunto de producciones mentales o materializadas en obras, a partir de imágenes visuales (cuadros, dibujos, fotografías) y lingüísticas (metáforas, símbolos, relatos) que conforman coherentes y dinámicas que conciernen a una función simbólica en el sentido de una articulación de sentidos propios y figurados (Wunenburger, 2008, p. 15).

Lo imaginario comprende un aspecto representativo de lo real, ya sea desde lo pictórico o desde lo oral, que lo involucra con el sujeto en un aspecto emocional. De este modo se articulan múltiples cosas: lo material que condiciona al sujeto, reproduciendo imágenes, así como también lo verbal, ya sea desde relatos, discursos o mitos que dotan de fantasmagoría al conjunto, teniendo consecuencias de arraigo e identidad en el grupo que lo comparte. Lo imaginario es de esta manera una intriga, una fábula, no puede ser descrito literalmente, más bien debe ser interpretado por el investigador como un cúmulo de imágenes que cada individuo compone a partir de la aprehensión de su entorno inmediato y social. Estas dos expresiones de lo imaginario cumplen una centralidad significativa: la capacidad del ser humano de dotar de valor simbólico a las cosas, en otras palabras, la capacidad que tiene el sujeto y el colectivo –a través de los imaginarios– de llevar a cabo una unión inseparable de lo ontológico y lo epistemológico, lo visto con lo percibido y pensado.

Esta dualidad de la imagen en los imaginarios es necesario tocarla, puesto que la imagen visual no es más que la vista sinóptica, real, lineal y mecánica que revela en la mente lo observado espacialmente, evocando en los imaginarios las preguntas: ¿Cómo? ¿Cómo se piensa lo visto? ¿Cómo se evoca/representa en la conciencia? Mientras que lo lingüístico, por otro lado, tiene un poder más simbólico, más poético, más cultural, más recreador de lo percibido o, mejor dicho, retórico y que conlleva unas preguntas: ¿Qué? ¿Qué se piensa de lo visto? ¿Qué esconde lo visto? ¿Qué relatos de lo visto se construyen? ¿Qué consecuencias tiene la descripción de lo visto? ¿Qué representa lo visto? ¿Qué se dice? De modo que en nuestro ímpetu por los imaginarios, tanto lo visual como lo lingüístico resultan preponderantes debido a que sin el objeto, lugar o cosa admirado no hay imagen visual sobre la que se fabrica un metarrelato que lo resignifique. Es por ello que nuestra repetida cita de Armando Silva resalta su importancia: “Lo físico produce efectos en lo simbólico” (Silva, 2006, p. 25) y que más adelante en nuestro análisis podremos confirmar ante la presencia que tiene la montaña en los imaginarios urbanos del caraqueño, y que se muestra acompañado de una serie de relatos que lo legitiman como símbolo por sobre el resto de los demás elementos que componen el tejido urbano y del paisaje.

2. ENTRE IMÁGENES Y DISCURSOS. APUNTES METODOLÓGICOS PARA NUESTRO ESTUDIO DE LOS IMAGINARIOS

Con pretensiones de ser precisos, debemos expresar que nuestro trabajo es de carácter exploratorio debido a las pocas investigaciones llevadas a cabo relacionadas con el estudio cultural sobre los imaginarios sobre el Ávila. Ciertamente hemos encontrado antecedentes de estudios del imaginario de las ciudades, de elementos naturales, así como también investigaciones del Ávila, pero siempre desde otras perspectivas y disciplinas, que si bien significan ser antecedentes valorados, dicho trabajo implicaría uno de los primeros acercamientos a nuestro objeto de estudio, desde la antropología de la ciudad. Por lo tanto, los resultados obtenidos serán inevitablemente una visión aproximada.

Por consiguiente y desde la naturaleza de la disciplina antropológica, la investigación será hecha desde un corte cualitativo, puesto que trataremos de interpretar las narraciones y discursos de 12 informantes clave, sobre un elemento de la naturaleza específico, que tiene implicaciones en sus comportamientos, sentimientos y construcción simbólica de su realidad. Para ello, nuestra principal herramienta será la entrevista, que nos permitirá ser capaces de obtener una versión de primera mano (de los protagonistas), sobre la autoconstrucción de su mundo, sus realidades, representaciones e imaginarios. Entonces, con la finalidad de obtener toda esta información, a partir de la comunicación verbal con los informantes, nos conviene que las entrevistas tengan las siguientes características principales:

1. Que sean abiertas. Esto indica una clara intención de que sean los interlocutores quienes elaboren por sí solos sus opiniones, sus narraciones y discursos.
2. Que cuenten con una guía de entrevista, de manera que el encuentro pueda fluir de acuerdo con las temáticas que como investigadores establecimos como objetivos específicos en la investigación.
3. Que sean estandarizadas, con el propósito de que a todos los informantes se les formulen las mismas interrogantes y poder contrastar en sus respectivos imaginarios las similitudes y las diferencias.
4. Finalmente, que sean previamente pautadas con los informantes clave, estableciendo un lugar y un momento que les permita mantener la concentración. Así mismo, se les pedirá su consentimiento informado para poder registrar la información desde la grabación digital.

Como anteriormente mencionamos, fueron 12 entrevistas correspondientes a los informantes clave elegidos, según dos claras y simples condiciones. Principalmente, que fueran actuales habitantes de la zona metropolitana de Caracas (es decir, habitantes de los municipios Sucre, Chacao, Baruta, El Hatillo y Libertador) y, finalmente, que fueran individuos con edades comprendidas entre 20 y 80 años. A lo largo del trabajo haremos referencia a sus aportes, identificándolos con el código: E.1; E.2... y así corresponderá con los 12 sujetos. La selección de los mismos, según dichas características, fue aleatoria, partiendo de un grupo reducido de personas, que luego nos establecieron contactos con otros posibles interesados. Esta técnica es denominada por los investigadores Taylor y Bogdan (1984) como "bola de nieve: conocer a algunos informantes y lograr que ellos nos presenten a otros" (p. 109).

Finalmente, les solicitamos a los informantes la elaboración de un dibujo sobre cómo se pensaba a Caracas, con el propósito de que se reflejara e ilustrara la imagen que los entrevistados tuvieran de la ciudad. En este caso, podemos pues hablar de imágenes "emic" o de cartografías mentales (Silva, 2006), que introduce en nuestra metodología y nuestro análisis una modalidad de recolección de información que debemos tener en consideración.

En primer lugar, el dibujo abre un espacio dentro de la entrevista, que es fundamental. Se efectúa luego de la primera pregunta, con la clara intención de que se logre representar en él la imagen de Caracas más honesta posible. En un segundo lugar, la estrategia de las cartografías resultan un complemento idóneo para el relato oral elaborado a lo largo de la entrevista, puesto que usualmente el informante suele utilizar su imagen como punto de referencia para responder las posteriores interrogantes, como también puede servir de contraste de lo que inicialmente se tiene como imagen de referencia de la ciudad y la información que construye luego, a medida que se avanza con las preguntas más incisivas, permitiéndole al investigador contrastar los datos al momento del análisis.

De ahí que en el análisis dichos datos sean destacadamente útiles al momento de abordar los puntos relacionados con reconocer las construcciones imaginarias del Ávila, de la ciudad y también del símbolo, desde un punto de vista subjetivo.

Ahora bien, una vez teniendo las transcripciones de las entrevistas, en una carpeta correspondiente a nuestro objetivo principal, se le asignará un archivo Word a cada informante, identificado con su código (obteniendo 12 archivos en total), cuyos datos se encuentran diseccionados según las tipologías más repetitivas en las diferentes entrevistas. Para ello fue necesario la lectura y relectura de las entrevistas y así reconocer aquellas categorías, temas, indicadores o tipologías más frecuentes, que nos permitieran analizar tanto lo que como autores del trabajo nos interesa aproximarnos, como lo que los entrevistados nos sugieren que prestemos atención. En la interpretación de los datos, lejos de llevar a cabo un análisis cuantitativo, nos buscaremos apoyar en esquemas que contabilicen aquella información que se encuentre repetida en los relatos de los informantes como estrategia para trabajar en aquello que sea una constante y en aquello que sean excepciones a lo observado, acompañado con sus respectivos análisis, ejemplificados con citas de los mismos entrevistados.

3. LA MONTAÑA IMAGINADA

Para los habitantes de la ciudad de Caracas, la montaña el Ávila puede comprender muchas cosas, puede tener varias formas y por supuesto puede también tener varios límites, si nos preocupamos estrictamente en las construcciones imaginarias que los individuos elaboran de alguna u otra forma, al responder las interrogantes: ¿Cómo piensa el caraqueño al Ávila? ¿Dónde empieza y dónde termina la montaña para nuestros informantes?

Otras disciplinas responderían sin problema estas preguntas. Por ejemplo, un geógrafo nos diría que el Ávila es una montaña y su concepto corresponde a "...toda elevación natural de la superficie terrestre, cuya altitud destaca claramente sobre los terrenos circundantes. Las montañas pueden estar aisladas, pero lo más frecuente es que se presenten formando cadenas o cordilleras" (Enciclopedia Hispánica, 1995, p. 214). Entonces, ¿es realmente todo lo que vemos al norte de la ciudad una sola montaña? Y el mismo geógrafo, desde el punto de vista técnico, probablemente aclararía: visto desde la toponimia, no, porque el Ávila solo es aquella elevación donde se encuentra el Hotel Humboldt, seguido de una montaña denominada Silla de Caracas, compuesta por el pico Occidental y pico Oriental y más hacia el este encontraríamos otra montaña llamada Naiguatá. Además, para finalizar con su respuesta podría añadir que mencionadas elevaciones configuran la cadena Litoral, cuyos límites se encuentran conformados al norte por la zona de la falla de Macuto, al sur por la zona de la falla del Ávila y al oeste por el abra de Tacagua, y al este teniendo como final la depresión de Barlovento (Cunill, 2015).

Esta perspectiva dista de la que tendría alguien que considere definir al Ávila desde la figura de parque nacional, título que la montaña goza desde 1958 cuando el Estado funda una

delimitación estricta de los espacios que le pertenecen y los que no, sobre lo que hoy se denomina *Waraira Repano*, imponiendo unos límites políticos territoriales desde su naturaleza jurídica, que en palabras muy resumidas comprenden un territorio, el cual inicia al sur por la cota 1.000, al oeste por la quebrada Tacagua, al norte por la cota 120 y finalmente al este por Birongo, municipio Higuerote, estado Miranda (Decreto N° 114, 1974).

Ahora bien, presentadas dos perspectivas distintas según las cuales se muestran dos maneras diferentes de definir los límites del cerro, como antropólogos realizando un estudio de los imaginarios, nos preguntamos: ¿Un caraqueño que vaya de visita a la playa en Higuerote y observe aquella elevación orográfica que corresponde al Parque Nacional, se referirá sensible y afectivamente a esa montaña como el Ávila? A lo que nosotros con responsabilidad respondemos, que es prácticamente imposible que ocurra.

Decíamos al principio de este punto que la montaña puede resultar ser diversa en la mente de los caraqueños, aun cuando materialmente sea la misma masa de sedimentos, rocas y vegetación. Ante cada informante hay una montaña diferente y esto es debido a que la experiencia que se tiene de la ciudad y los elementos que la componen es vivido subjetivamente, ya sea por su edad, el lugar de la ciudad de Caracas que se habita y lo que parece tener particular peso en este caso, la relación construida cotidianamente con la montaña, es decir, cuál es su acercamiento con respecto al Ávila, desde lo contemplativo hasta lo vivencial.

En este momento específico queremos valernos del estudio de los imaginarios en su sentido más descriptivo. Aquí queremos explorar *cómo* el caraqueño entrevistado reconstruye los límites de su Ávila particular y para ello nos interesa la imagen –visual– que este elabora. En primer lugar debemos decir que la manera en que los entrevistados tejen su relación con el Ávila y por lo tanto su construcción imaginaria de la misma, puede llegar a ser un proceso exclusivamente individual y esto no solo depende de las cosas que acabamos de destacar, sino también de contextos muy específicos determinados por el día a día de los individuos: si sus viviendas tienen vista al Ávila, si habitan un sector de Caracas con vista a la montaña, si suelen visitar sus espacios con frecuencia, etc.

Entonces, podemos ver cómo el informante E.12 nos dice que el Ávila queda en El Marqués, porque es allí donde queda La Julia, camino que frecuentó toda la vida y al que subió todos los días durante 10 años. Es decir, para este informante el Ávila es el espacio de la montaña que frecuenta continuamente, ignorando su amplitud, motivo por el cual al momento de compartir sus límites dice: “Bueno, pienso que empezaría por El Marqués y que terminaría en Cotiza. Más o menos, por ahí” (E.12, 2016). Otro informante nos comparte: “Para mí empieza a partir de la autopista Cota Mil, para mí empieza desde allí, desde abajo. Y hasta dónde... bueno, para arriba hasta donde llegue, que vendrían siendo los picos que hay” (E.4, 2016). Aquí la percepción del Ávila se ve estrictamente limitado a la escasez de lo visto en el paisaje que permite la ciudad capital. El entrevistado en este caso nos habla de una montaña que al ser construida imaginariamente, se piensa solamente desde un rostro: el que se observa desde Caracas, lógicamente, porque es el que frecuenta visualmente y se excluye la vertiente norte, cuyo rostro apunta hacia la población de La Guaira y el mar Caribe. Este es un discurso que nos permite descubrir que no se habla objetivamente de una *montaña*, sino más bien se construye subjetivamente el imaginario del *Ávila*.

Los imaginarios que le dan forma al Ávila son precisamente el proceso de encuentro en que los ciudadanos redescubren el espacio subjetivamente, lo valoran, lo representan, le permite que exista, se apropian de él, lo descifran. Así pues, los individuos que nos comparten sus límites no hacen más que confirmarnos que son partícipes de estas “prácticas espaciales” que inevitablemente les permiten observar al entorno natural, para ser pensado como un producto cultural. Nuestra intención de hablar sobre las definiciones de los límites del cerro

no corresponde directamente a nuestro interés de descubrir, desde el análisis minucioso, los diferentes límites de nuestros informantes y con ellos suponer que algo parecido se repite con el resto de los millones de habitantes de Caracas, sino más bien es un análisis que nos da luces de un Ávila que se construye cultural y simbólicamente, desde el momento de su definición más primaria, como el simple ejercicio de otorgarle una forma física, aun cuando hayan patrones técnicos que la definan o intenten imponerle límites, de tal modo que podamos comprender, desde este momento, el carácter subjetivo de nuestro objeto de estudio.

4. LA MONTAÑA SAGRADA

En este punto de la investigación nos proponemos explorar las diferenciaciones que el caraqueño entrevistado construye discursivamente sobre la ciudad, sus características, sus elementos constitutivos, sus placeres, su ignominia, sus íconos y sus identidades, pero realizamos la misma indagación con respecto a la montaña que la rodea y que se encuentra acompañado de adjetivos calificativos de gran valor antropológico, su encanto, su misterio y sus usos. Este es un ejercicio que no es primera vez que se muestra en la literatura y textos sobre la ciudad de Caracas. Otros autores como, por ejemplo, Marco Negrón (2008, p. 2015), que desde su pluma urbanística nos propone a ser críticos ante la mirada bucólica que el caraqueño ha construido específicamente en la divinización del cerro, en contraposición con la satanización de la ciudad, convirtiéndose así la montaña en un sucedáneo que no permite a los ciudadanos actuar a favor de Caracas y su mejoramiento.

Nosotros, por nuestra parte, queremos indagar en los imaginarios de nuestros 12 informantes clave, para reconocer en sus relatos *qué* se piensa de la ciudad y *qué* se piensa de la montaña, con el propósito de aproximarnos a la relación que se establecen entre estos dos elementos, procurando concentrarnos principalmente en el estudio de la imagen –lingüística– y lo que ello implica.

4.1. La ciudad y su naturaleza

Enfoquémonos en cómo los informantes categorizaron a la ciudad que habitan. De entrada, 9 de 12 informantes expresaron sentirse identificados positivamente con la ciudad, lo que implica que 3 de ellos no se encuentran identificados con Caracas. Pareciera que en términos generales nuestros entrevistados presentan un panorama favorable de la urbe y nos hablan de aquel “...agradable caos” (E.9, 2016). Sin embargo, al avanzar las respectivas entrevistas se iba dilucidando otro panorama de opiniones negativas que iban surgiendo sin aún ser solicitadas por el entrevistador.

Contabilizando las cualidades con las que los 12 informantes definieron a lo largo de la entrevista a Caracas, nos encontramos con un total de 22 características y que finalmente agrupamos en tres tipologías por asociación. El primer grupo corresponde a las cualidades positivas otorgadas a la ciudad por su naturaleza (*su verdor, su clima, sus paisajes, el Ávila*), con un total de 41 repeticiones. Luego nos topamos con las cualidades negativas de la ciudad (*su bipolaridad, su inseguridad, su violencia*) con 40 repeticiones. Y, finalmente, el grupo de las cualidades positivas de la ciudad (*su diversidad, su vitalidad, su dinamismo*) con 19 repeticiones. El motivo por el cual dividimos las cualidades en estos tres grupos es porque nos parece preponderante destacar que la gran mayoría de los aspectos positivos que se le apropian a Caracas se encuentra explícitamente reflejados en las condiciones naturales sobre las cuales se asienta la ciudad, más que por las condiciones intrínsecas de la urbe. Entonces, si algo puede robarle el protagonismo a la personalidad que tiene la ciudad en los

imaginarios de los ciudadanos entrevistados, es su contexto geográfico y topográfico (por ello, nuestro subtítulo), mientras que si algo puede deslegitimar la idea de Caracas es su caos, su *inseguridad* y su *violencia*, producto directo de lo que sus ciudadanos han hecho de ella.

4.2. La naturaleza y su ciudad

Con respecto al Ávila, la lectura de las narraciones no aparenta ser muy intrincada, puesto que da la sensación de que los informantes entonan al unísono sus concepciones de lo que implica su presencia dentro de la ciudad. Para corresponder con lo hecho anteriormente en la exposición de las características asignadas a la ciudad de Caracas, lo mismo haremos con la montaña el Ávila, para así tener una referencia de cuántos adjetivos calificativos se le otorgaron y hacer una lectura de los mismos.

Con un total de 19 cualidades con las que se describieron a la montaña, podríamos destacar, principalmente, a sus primeras tres características: 9 informantes dijeron que el Ávila es *protectora* y *seguridad*. Luego, 8 informantes hicieron referencia a su *majestuosidad*. Y finalmente, 6 entrevistados nos hablaron del *escape* y del *refugio* que representa el cerro. También vale destacar que no existieron cualidades negativas en la descripción del Ávila. De hecho, en varias oportunidades los informantes acompañaron sus categorías con argumentos que permitían explicar el porqué de sus referencias y la más común resultó ser que la belleza, omnipresencia y majestuosidad de la montaña era completamente autónoma, como bien a continuación nos lo confirma el siguiente entrevistado: “Además, la montaña no depende de la gente, o sea, la montaña es bella en sí misma...” (E.12, 2016).

No obstante, esta cita nos conduce a reflexionar sobre la supuesta autonomía de la montaña. Ciertamente el Ávila no depende de Caracas para existir, pero no ocurre lo mismo con nuestras construcciones imaginarias de la misma, en el sentido de que la gran mayoría de las cualidades otorgadas a la montaña es referente construido en contraste con la ciudad. Es decir, justo así, como la ciudad no puede ser concebida sin la montaña, la montaña tampoco puede ser concebida sin la ciudad; de otro modo, ¿qué significa que la montaña es protectora, refugio y tranquilidad? ¿No son estos referentes construidos en relación con la dinámica de Caracas? ¿A quién protege la montaña si no es a la ciudad, a quién le sirve de refugio si no son a los ciudadanos que habitan Caracas, a quien le proporciona tranquilidad si no es del caos de la urbe?

Es que yo pienso que... son un solo ente, lo que pasa es que son como te digo, son como unas gemelas... no idénticas, son como unas morochas, o una contiene a la otra. Se contienen ambas, porque Caracas nadie la pinta sin el Ávila... [Risitas] o sin el Waraira Repano, verdad. Y tú puedes pintar las torres de Parque Central, pero tienes que ponerle atrás el Ávila. Es que es su norte, es su norte. Es como la base de la pintura, del lienzo. Cuando uno hace el bosquejo, tienes que ponerlo allá atrás (E.3, 2016).

La relación entre la montaña y la ciudad resurge como una construcción dialéctica. Son elementos aparentemente inseparables y compenetrados, no puede existir la valoración positiva de uno sin la valoración negativa del otro o, mejor dicho, no se podría concebir la hipervaloración positiva de la montaña sin una ciudad próxima que la construya simbólicamente, así como tampoco se puede concebir la hipervaloración negativa de la ciudad sin el contraste de la montaña que la deslegitime.

5. LA MONTAÑA COMO SÍMBOLO

En este punto del desarrollo para poder avanzar, queremos retomar dos cosas muy puntuales, que en líneas atrás ya hemos mencionado y que son aspectos fundamentales en lo que aquí nos proponemos demostrar. En primer lugar, el concepto de ciudad como comunicación de Armando Silva (2006), cuyo aporte resulta ser de gran apoyo, ya que si entendemos a la ciudad como un cosmos físico, como un escenario de lenguajes, como un productor incesante de imágenes, evocaciones, colores, formas y ensueños, podríamos apuntar a reconocer, distinguir y destacar qué elemento de la ciudad de Caracas surge con mayor presencia, para así tener alguna interpretación de su valor antropológico. Inclusive, según este concepto, el mismo autor reconoce que los ciudadanos elaboran inconscientemente mapas mentales del espacio que habitan en una suerte de cartografías mentales, donde incorporan los distintos elementos e imágenes presentes en la urbe, dando así origen a sus respectivos imaginarios, lo que justamente nos lleva al otro aspecto a rescatar, relacionado con el plano metodológico, específicamente con el uso de los dibujos para el análisis, que solicitamos a nuestros informantes al momento de las entrevistas.

Vale acotar que los sujetos entrevistados, al momento de iniciar el encuentro, desconocían por completo el tema sobre el cual serían interrogados, por consecuencia, también se desconocía el objetivo que tenían los dibujos, la cual fue la primera actividad requerida. Así pues, el dibujo consistía en que ilustraran la imagen más inmediata que se les ocurría cuando pensaban en la ciudad de Caracas. De modo pues, que el producto de tal solicitud resultara ser lo más genuina y poco contaminada de nuestras intenciones de fondo.

Dicho esto, como resultado obtuvimos que el elemento que siempre se repitió en los dibujos que reflejaban a la ciudad de Caracas, a excepción de un solo caso, fue la montaña el Ávila. Diversas fueron las ciudades dibujadas, diferentes referentes de infraestructuras se plasmaron, pero siempre prevaleció la montaña. Fueron 11 de 12 informantes los que dibujaron el cerro y aquel informante que se abstuvo de ilustrar su figura, al avanzar de la entrevista, solicitó con insistencia realizar otro dibujo, donde efectivamente incluyó al Ávila, no obstante, no es contabilizado con el propósito de mantener la esencia objetiva de aquella cartografía mental que inicialmente plasmó.

La mayoría representó una ciudad que comulga con la naturaleza donde el paisaje se encuentra intrínsecamente compuesto por el espacio natural y el espacio construido. Sin embargo, si analizamos con mayor detenimiento los dibujos, no hay ningún ícono de la infraestructura urbana que realmente pueda competir con la omnipresencia del Ávila. Inclusive, el segundo dibujo más repetido fue la autopista Francisco Fajardo, con solo 4 coincidencias. Más adelante observamos al metro de Caracas con 3 repeticiones, luego el Centro Simón Bolívar (torres de El Silencio) con 2 apariciones, seguido de la avenida Bolívar, Plaza Venezuela, Sabana Grande, Plaza Bolívar, Bellas Artes, El Calvario, Parque del Este, Universidad Central de Venezuela, Plaza Altamira, Centro Comercial Ciudad Tamanaco y el aeropuerto La Carlota, con únicamente 1 repetición, respectivamente. E, inclusive, nos encontramos con dos dibujos donde la representación de la ciudad de Caracas es efectuada con solo el trazo de la montaña y el punto geográfico en la urbe desde donde se observa sus laderas.

Lo que podemos concluir de esta información es que como ya sabemos y habíamos mencionado, el Ávila aparece en nuestros informantes como una constante. Pero en esta ocasión que nos planteamos evaluar el dibujo completo como una composición de distintos factores, el juego de la ciudad retratada, junto con la combinación de aquel escenario natural, nos permite contrastar un panorama más integral, es decir, ya no nos concentramos en el simple hecho de su aparición, sino en la importancia que tiene al figurar en el imaginario del paisaje de Caracas. Si comparamos la silueta más dibujada (el Ávila), al segundo dibujo (la

autopista Francisco Fajardo), hay una diferencia por más de la mitad de repeticiones, llevando a la sospecha de que la primera constante parece ser la única constante significativa, mientras que las otras imágenes que se tienen de la urbe varían ampliamente según las experiencias individuales, sus memorias espaciales y los vínculos cotidianos sobre las que desarrollan sus prácticas.

Los imaginarios del paisaje, como pudimos ver, son diversos y heterogéneos. Cada uno fue diferente y respondió a su referente empírico de la ciudad que le es propio al individuo, debido a que estos mapas ilustrados no son mapas físicos, sino psicosociales, donde surge con espontaneidad aquellos referentes personales "...los croquis desmarcan los mapas y los hacen vivir su revés: no lo que se me impone –como frontera–, sino lo que me impongo – como deseo–" (Silva, en Mujica, 2005, p. 5). El dibujo y las cosas allí representadas, tal como nos lo dice Armando Silva, son individualmente voluntarias. No obstante, resulta vital resaltar que lo que variaron fueron los referentes urbanos y no su escenario natural, es decir, la ciudad se mostró diversa en sus elementos pero no en su escenario inamovible imposible de ignorar. Aquí el Ávila surge como figura emblemática que expresa el encuentro colectivo de dicho referente empírico sobre el que se produce un referente simbólico.

"Todo lo que sea emblemático en una ciudad es atractivo para construir su formación como símbolo colectivo" (p. 6). De esta manera, podemos concluir que para nuestros informantes el Ávila se presenta como símbolo colectivo. Su dimensión física, su innegable voluminosidad, su visibilidad desde casi todos los puntos cardinales y su omnipresencia lo inserta dentro del contexto material cultural de la ciudad (Navarrete, 2010).

CONCLUSIÓN

Nuestro mayor interés en la presente investigación fue lograr encontrarnos en las razones y motivos que hacían que los pobladores de Caracas construyeran una relación tan estrecha en su cotidianidad con la montaña que ellos denominan el Ávila, pero que oficialmente tiene por nombre oficial Waraira Repano. Así pues, a partir de nuestro análisis de las narraciones, opiniones y discursos de los 12 informantes clave, a quienes entrevistamos, logramos efectuar un estudio de los imaginarios construidos sobre cómo y qué se piensa de la montaña el Ávila, es decir, dilucidar la imagen visual y lingüística que se tiene del cerro.

En primer lugar, si hay algo que debemos considerar y resaltar es que para nuestros informantes el Ávila dejó de ser la consecuencia de la idea objetiva de un elemento de la naturaleza, sino que se ha convertido en un pensamiento subjetivo de lo que hoy es una construcción cultural y simbólica. Los individuos han dado paso a la montaña en sus imaginarios a medida que se ha apropiado su imagen, de modo que al hablar de ella los entrevistados han sido completamente incapaces de pensarla objetivamente. Nadie elaboró un discurso técnico donde el Ávila fuese descrito tanto físicamente (al momento de definir sus límites) como perceptivamente (al momento de definir sus cualidades), como un cúmulo de rocas y sedimentación cubierta por una vegetación en su exterior, clasificando sus aves y señalando su diversidad botánica. Más bien, el discurso que pudimos ver repetidamente no fue otro que el producto de lo que se pensó subjetiva, individual y hasta sentimentalmente de él. Por ende, no podríamos hablar de una "montaña natural", sino de una "montaña humanizada".

Entonces, esta forma de percibir a la montaña, completamente atravesada por un relato que la legitima por encima de la ciudad, que la dota de características positivas en contraposición a las negativas de la Caracas actual, llena de defectos y rechazos, contribuye a la veneración simbólica del Ávila. Los dibujos efectuados por los 11 informantes que ilustraron al cerro, nos lo confirman y además nos obligan a reflexionar sobre su potencialidad como ícono territorial.

El gran protagonismo de la montaña en el imaginario urbano caraqueño no solo visibiliza nuestra estrecha relación construida con dicho espacio natural en la que se encuentra asentada nuestra capital, sino que paralelamente demuestra nuestra incapacidad de construir física y retóricamente estructuras suficientemente relevantes que representen nuestra identidad territorial y gentilicio. Ya que si bien se han edificado hitos urbanos como lo fue el Centro Simón Bolívar (torres de El Silencio) y posteriormente las torres de Parque Central, las mismas se han diluido rápidamente en el imaginario, dejando siempre a su telón de fondo aquella silueta verde y omnipresente.

REFERENCIAS

Libros

- Bachelard, G. (1987). *El aire y los sueños*. Barcelona: Fondo de Cultura Económica. 2012.
- Cunill, P. (2015). Guaraira Repano, el Ávila, geosímbolo cultural, en Ramos, María Elena (Comp.). *El Ávila en la mirada de todos*. Caracas: Playco Editores.
- Durand, G. (1981). *Estructuras antropológicas de lo imaginario. Introducción a la arquetipología general*. Madrid: Taurus. 1982.
- Enciclopedia Hispánica. (1989). *Macropedia*. Quinta edición. Vols. 10 y 11. Kentucky. 1995.
- Hannerz, U. (1986). *Exploración de la ciudad. Hacia una antropología urbana*. México: FCE.
- Hernández, T. (2001). *Caracas en 25 afectos*. Caracas: Libros El Nacional. 2012.
- Negrón, M. (2004). *La cosa humana por excelencia. Controversias sobre la ciudad*. Caracas: Fundación para la Cultura Urbana.
- Negrón, M. (2015). La cambiante y compleja relación entre Caracas y el Ávila, en Ramos, María Elena (Comp.). *El Ávila en la mirada de todos*. Caracas: Playco Editores.
- Roncayolo, M. (1988). *La ciudad*. Barcelona: Paidós.
- Silva, A. (1992). *Imaginario urbanos*. Bogotá: Arango Editores. 2006.
- Taylor, S. y Bogdan, S. (1984). *Introducción a los métodos cualitativos de investigación*. Barcelona: Paidós. 1994.
- Wunenburger, Jean Jacques (2008). *Antropología del imaginario*. Buenos Aires: Del Sol.

Memorias de Congresos

- Navarrete, R. (2010). *Macroartefactos: monumentalidad, identidad y poder en Venezuela actual*. Ponencia en la ciudad de Rosario (pp. 21-31), Rosario.

Artículos tomados de Internet

- Mujica, M. (2005). *Entrevista a Armando Silva: ser santiaguino o porteño es primero un deseo*. Bifurcaciones (Septiembre-Noviembre) N° 04. Extraído el 2 de febrero de 2016 de <http://www.bifurcaciones.cl/004/Silva.htm>

Recursos hemerográficos

- Negrón, M. (2008). La ciudad y la montaña. *Tal Cual*, 3 de junio. Caracas.

Documentos oficiales

Decreto N° 114 de Ampliación del Parque Nacional El Ávila. *Gaceta Oficial* N° 30.408, 27 de mayo de 1974, Caracas.

Decreto N° 473: Declaratoria del Parque Nacional El Ávila. *Gaceta Oficial* N° 25.841, 10 de diciembre de 1958, Caracas.

Fuentes orales

Entrevista 1 (E.1), Los Chaguaramos, 02-09-16.

Entrevista 2 (E.2), Los Chaguaramos, 02-09-16.

Entrevista 3 (E.3), Catia, 30-08-16.

Entrevista 4 (E.4), Plaza Bolívar de Caracas. 07-09-16.

Entrevista 5 (E.5), Parque Central, 07-09-16.

Entrevista 6 (E.6), La Candelaria, 06-09-16.

Entrevista 7 (E.7), Horizonte, 03-09-16.

Entrevista 8 (E.8), Los Chaguaramos, 05-09-16.

Entrevista 9 (E.8), Bello Monte, 30-08-16.

Entrevista 10 (E.10), Chacao, 30-08-16.

Entrevista 11 (E.11), Horizonte, 29-08-16.

Entrevista 12 (E.12), Los Ruices, 03-09-16.